



Mujeres y Pentecostalismo: Repensando el espacio sagrado, la iglesia.

Women and Pentecostalismo: Rethinking the sacred space, the church

Verónica Pérez ¹

Recibido el 10.02.09. Aceptado el 25.03.09.

Resumen

Este trabajo trata de la desvalorización, invisibilidad y negación de la dignidad de la mujer en muchas esferas de la vida social. La mujer Pentecostal su trabajo es fundamental para la articulación y crecimiento de la iglesia. Es importante y necesario rescatar su quehacer Pentecostal desde lo pequeño, lo cotidiano con sus implicaciones y valor. La mujer explora todas las posibilidades de ejercer sus dones y su liderazgo; se apropia de la fe Pentecostal y ocupa los espacios sagrados dentro de la iglesia: con entusiasmo, creatividad y dignidad, porque se siente hija de Dios.

Palabras claves: Mujer, experiencia, valoración, liderazgo y espacios sagrados

Abstract

This work treats of the devaluation, invisibility and denial of the dignity of the woman in many spheres of the social life. The woman Pentecostal his work is fundamental for the joint and growth of the church. It is important and necessary to rescue his occupation Pentecostal from the small thing, the daily thing with his implications and value. The woman explores all the possibilities of exercising his gifts and his leadership; it appropriates of the faith Pentecostal and occupies the sacred spaces inside the church: keenly, creativity and dignity, because daughter of God feels.

Key words: Woman, experience, valuation, leadership and sacred spaces

“Mis ovejas oyen mi voz”, dice Jesús. La vida que Jesús ofrece a las mujeres es una vida y vida en abundancia. Juan 10.10

Introducción²

Pretendo a través de este escrito abrir un espacio de análisis y visualización para del desarrollo de liderazgo de la mujer pentecostal. Sus avances en el camino desde la iglesia de Dios Evangelio Completo, después de 75 años de existencia en Guatemala.

Considero que el trabajo de la mujer es fundamental en la articulación y crecimiento de la iglesia. La mujer es parte activa en el proceso de desarrollo del espacio sagrado y de los dones dentro de la iglesia. Muchas se consideran invisibilizadas, sin importancia; sin embargo, estas realidades no pueden interferir ni ocultar su experiencia de relación con Dios, como su espacio sagrado, vital, único y personal.

Para esto es necesario partir de la raíz propia del hecho de ser mujer y mujer en Guatemala. Quiero abordar la experiencia de la mujer en su contexto particular y general. Nace y crece inmersa en una diversidad cultural, multiétnicas, todas enriquecen su experiencia personal.

Este estudio lo realizo con un sector de la iglesia Pentecostal, a partir de la experiencia de la mujer en el área urbana de la ciudad capital de Guatemala. El desafío es lograr abarcar el universo presente en las cerca de mil iglesias que existen solamente en la capital.

Sé que la diversidad de la iglesia Pentecostal es grande y de contrastes, entre el sector urbano y rural, como entre urbano-urbano o rural-rural. En algunos casos la diferencia es radical, por sus prácticas, enfoques y preocupaciones, aunque la mujer como tal, tenga las mismas raíces y una fuente común de procedencia.

Es una necesidad rescatar desde lo pequeño, lo cotidiano, el quehacer de la mujer en la iglesia Pentecostal. Es sumamente importante verla como protagonista en el crecimiento, afianzamiento y expansión de la iglesia.

Mujeres, tejido de las relaciones sociales.

El principio común es que todo ser humano al venir al mundo, nace en un hogar, en una cultura y en un lugar específico. Pienso que viene con potencialidades insospechadas, pero, no hay condiciones para que lleguen a manifestarse en su totalidad. Al hablar específicamente de las niñas, ellas físicamente crecen, pero su desarrollo intelectual es determinado por la sociedad y la educación, esto altera su impulso y desarrollo de ser mujer en plenitud.

Las posibilidades de su desarrollo y la recreación de sus potencialidades propias, son ahogadas. Considero que son las familias que no están preparadas para recibir a las hijas con los dones que traen consigo. Es notorio, que el proceso es lento en que se van disipando esas potencialidades. Algunas se quedan muy en el fondo de su ser, se agregan otras como fruto del aprendizaje de las costumbres locales que le rodean.

En muchos espacios de la sociedad se reafirma la desvalorización de la mujer. Esta desvalorización es básica para ser tratada como una ciudadana de segunda categoría. Se le hace verse así misma siempre como cosa, objeto, su utilidad es restringida a los espacios establecidos por la sociedad, por la familia y por la iglesia.

Humanidad y experiencia de mujer.

La humanidad de la mujer es intrínseca. Pero es manoseada de distintas maneras desde el seno de un hogar que reproduce el esquema de desvalorización. Desde este espacio se aprende que “es ser una mujer”. Es más, alienada en su conciencia y práctica. Cuando se le exige que sus actos deban reflejar la particularidad de mujer moldeada-sumisa. En otros casos, el hogar es un lugar de crisol, confluyen muchas prácticas, costumbres, ideas, concepciones del mundo y valores.

El extremo es que la mujer sea parte del hogar, como cosa, como cualquier otro objeto. Están penetradas hondamente estas prácticas que en la mayoría de casos se considera como un hecho natural. Sin asombros, en el hogar es considerada desde su nacimiento, un ser humano con desventaja y de menor valor.

En muchos casos, la madre al dar a luz una niña, recibe comentarios pocos agradables. La hija recién nacida es rechazada. La experiencia de mujer desde el nacimiento es estar inmersa en la desvalorización, que la despoja de su humanidad. Esta es la primera experiencia de mujer-humana. Sus relaciones desde el hogar se construyen en base a su condición de mujer-sumisa.

Muchas mujeres se resignan a tal grado que asumen el estigma de no valer. Les parece normal y familiar mantenerse en un ambiente hostil. Otras mujeres se arman de valor, escuchan atentamente a la voz de su interior que les indica que en las relaciones nada está determinado en este mundo, todo es posible reconstruir y transformar, porque es producto de la razón del ser humano.

Iglesia y sociedad

La discriminación es parte de la vida en la mujer, sin importar la posición que ocupa en la iglesia y en la sociedad. Considero de suma importancia mencionar que la experiencia de discriminación, marginación y desvalorización contra la mujer se da en tres sectores: el hogar, la iglesia y la sociedad

“En la iglesia y en la sociedad el sistema sustenta la situación de subordinación y de opresión de la mujer, que aparece como algo natural. Se da una exaltación de los llamados valores masculinos – agresividad, competitividad, violencia y a la vez se minusvaloran los femeninos – paciencia, amor, abnegación, pasividad considerados casi como exclusivos de la mujer”.

Los espacios eclesiales y sociales están estructurados a la medida de quienes los dirigen. Desde la condición de mujer-humana son escasas las posibilidades de su realización humana. El lugar que la iglesia y la sociedad le otorga, en una “mejor posición subalterna” o un objeto con alguna utilidad.

En diálogo con varias mujeres encuentro algunas excepciones de hogares y de iglesias pentecostales que permiten a la mujer desarrollarse en algunos espacios muy significativos. Ellas con dedicación y empeño, articulan sus dones; estas mujeres han encontrado en la iglesia ese espacio sagrado, que es espacio de vida y de amor.

Sin embargo, considero, que los espacios para las mujeres en ejercitar sus dones en la iglesia, no son dádivas de las estructuras eclesiales, tampoco es una caridad del liderazgo actual. Veo que los espacios y los dones que ejercitan las mujeres son frutos de la fuerza del Espíritu Santo en ellas. Porque ellas inician un proceso de abrazar con conciencia, se preparan con vehemencia y cultivan profundamente el encuentro con Dios como un espacio sagrado. Desarrollan la vocación bautismal del Espíritu y convoca a un “discipulado de iguales. Por

esa razón, irrumpen en las estructuras donde están presentes, porque actúan con libertad que les da el Espíritu Santo.

Me parece pertinente pensar, en que no hay institución humana que pueda negar, prohibir u oponerse a la manifestación de esa fuerza, desde la experiencia de la mujer. Sobre todo, porque las mujeres en su entrega y beber de la fuerza de vida que le brinda el Espíritu, se constituyen en sujetos, instrumentos y portadoras de ese Espíritu, con un lenguaje propio. Las mujeres abren a su vez a la comunidad cristiana las nuevas formas de comunicación, solidaridad, proximidad y de convivencia.

El Espíritu a través de ellas se manifiesta como un viento que mueve todo lo establecido hacia una iglesia de discipulado. Sin lugar a dudas, las mujeres con su práctica de iguales, hijos e hijas de Dios, enriquecen y le dan un nuevo rostro a la iglesia. Cuando la mujer pierde esa profundidad de relacionarse con Dios, corre el riesgo de ser manipulada junto con sus dones, al antojo de la estructura eclesial, de la sociedad y adecuarse a las normas estructurales o intereses particulares.

Veo que esta área del desarrollo de los dones dentro de la iglesia, no es la totalidad de las capacidades de ser mujer, es una de sus muchas potencialidades con que Dios la ha dotado. La mujer encuentra en esa experiencia del Espíritu, una fuerza que reconfigura su ser, deja que el Espíritu la lleve libremente, es capaz de manifestarlo en acciones concretas: visita hogares, abre campos blancos, va donde los varones no pueden ir o tienen miedo de ir, se meten a las cárceles, oran con y por los presos peligrosos.

Es notorio el cimientto de solidaridad que se da entre las mujeres, parte de la conciencia de estar bajo la dirección de Dios. Se observa una mayor sensibilidad y responsabilidad en la expresión y expansión de la iglesia Pentecostal. No desestimo que también se despierta en algunas mujeres la lucha por el protagonismo, es bien sabido que no hay mayor obstáculo del desarrollo de los dones que el que proviene del mismo género.

La mujer movida por el Espíritu dentro de la iglesia y la sociedad, no trata de hacer otro método teológico, otra iglesia, ni de plantear otros fundamentos teológicos, sino en la misma teología concibe una visión de la igualdad e interpreta con el cuidado de hacer que las mujeres sean más presentes y visibles. Hay que comprender que dicha concepción de igualdad ha sido y sigue siendo, fundamentalmente, una apertura dentro del espacio conceptual y del ejercicio del poder masculino, en la iglesia y sociedad.

Las relaciones de la mujer con libertad.

Desde la práctica y visión de la mujer, estamos invitados a percibir “la intuición” de Dios en todos los hilos de nuestra vida. Todo es relación y todo está en Dios, misterio profundo que cruza y recruza toda vida. Uno de los desafíos presentes en el desarrollo y búsqueda de espacios para la mujer es razonar un valor y es el valor de la libertad, libertad de movilización, de pensamientos, de desarrollo de dones, de una autonomía propia que no permitan la opresión, ni discriminación, sino que se encaminen a la construcción ciudadana y de una equidad razonable.

Pienso que la relación en libertad es el camino de la mujer que ha despertado a su identidad. Es de aprendizaje consciente y continuo que la vida le permite. Al apropiarse de la libertad la mujer redescubre los valores para su desarrollo, con una construcción de visión nueva sobre el hogar, la familia, la sociedad, la iglesia y del mundo. Se da cuenta que es provechosa, posible y necesaria cuestionar las costumbres, las enseñanzas utilitaristas, las formas de comunicación discriminatorias, de relaciones en desigualdad, que mantiene a la mujer sumisa.

Considero, que la experiencia de ser mujer es de búsqueda incesante de ella misma, de su ser. Su trabajo está en crear el espacio de relaciones iguales, para sentirse sujeto de su desarrollo como humana. Desarrolla su potencialidad creativa, a partir de sentirse, relacionarse y actuar con libertad.

Es la libertad que la hace descubrirse mujer-humana inteligente, con habilidades manuales e intelectuales. Con dignidad y libertad mantiene en perspectiva sus sueños de ser mujer-humana. Estas mujeres son las que irrumpen en la iglesia y sociedad con libertad y hacen propuestas de relaciones de equidad con respeto y dignidad.

La Fe y lo sagrado

Fe y lo sagrado tiene que ver en todo lo que desea y hace, el ser humano manifiesta que es un ser no pleno: debe crecer biológicamente, aprender intelectualmente, prepararse para todo, perseguir metas, mejorar la salud, aspirar a una vida mejor, reiniciar una y otra vez caminos nuevos; aun al borde de la muerte, siente que ha de hacer algo para ser lo todavía no es. Es un ser que esta siempre en búsqueda. Esa es una característica fundamental del ser humano.

La mujer llega a la iglesia como parte de su búsqueda de encontrarse consigo misma y los motivos son diversos. El llamado lo hace Dios, por lo tanto se da en el tiempo de Dios. La obediencia a ese llamado viene a agregar nuevas pautas para verse hija de Dios, mujer, persona, ciudadana y creyente. Descubre que le importa a Dios su presencia, su ser, su vida, sus actividades, sus relaciones socioculturales y su economía.

La mujer sabe que la sociedad no le puede devolver su valor de mujer y humana, llega a la iglesia con todas sus cargas de pecado y cargas emocionales. Esa es la razón del porque se entrega plena, de corazón y se deja usar por el Espíritu Santo, con todo su poder. Experimenta una liberación de sus cargas.

La mujer explora todas las posibilidades que le da la fe, enriquece su formación primaria de fe. Su fe enriquecida es el camino del desarrollo de su nueva vida. Trasciende las formaciones recibidas en la familia, de su ambiente sociocultural y una forma de ver a Dios.

La mujer es hija, es madre, es hermana y adquiere una nueva familia al llegar a la iglesia. En su encuentro con Jesús el Salvador y Sanador, la mujer deja entrar a Jesús a su vida, permitiendo que le quite las escamas de sus ojos y estos son abiertos para ver una nueva realidad. A esta nueva realidad llega con una fe sincera, honesta y con sed de conocer, de aprender y de caminar ese nuevo camino.

Sin tanto aparato de análisis, de comparaciones, la mujer ferviente en su fe, pone en práctica lo que considera bueno, agradable y que le permita sentirse verdaderamente humana; aceptada y amada por Dios. En la experiencia de mujer, lo sagrado se hace real, porque es la misma presencia de Dios.

La conversión es fuerte en la mujer, eso explica del porque abraza la fe con profundidad. Asume la nueva práctica de su fe con sentido maternal, que la conduce a su naturaleza humana. Su relación con Dios aparece con mayor frescura y actúa con coherencia en lo social, familiar y religiosa. Para la mujer la conversión es la experiencia de una transformación radical. La hace redescubrirse como mujer, le posibilita descubrirse y desarrollar sus dones.

Debo decir aquí que la mujer corre el peligro de quedarse en este proceso y no pasar del éxtasis a la acción. En esta actitud contemplativa no avanza y deja de ser instrumento de Dios, en el medio donde desarrolla su vida.

Su ser mujer, sabe que sus dones son sagrados. El desarrollo de los mismos son actos sagrados. Considero, que esa es la razón del por qué la mujer, procura realizar con eficacia todas sus actividades, porque es el fruto de su conversión, de su fe y la práctica de sus dones. Esto hace que la práctica de su fe la induzca a desarrollar su liderazgo sin ninguna otra pretensión personal, sino el de contribuir al desarrollo de su iglesia a la que pertenece.

Me parece sumamente interesante observar en muchas mujeres que parte de su fortaleza está en el silencio meditativo, en la oración y encuentro con Dios. Encuentran una sincronía entre conversión, fe y silencio. El silencio es otro espacio para descubrirse a sí misma con sus dones, con habilidades, capaces de reemprender la empresa de su vida. En tal virtud, en el silencio van forjando nuevo carácter para hacer posible su vivir con esperanza. Con la práctica de sus dones tejen nuevas experiencias sagradas, rebosantes de fe, Todas son contribuciones suyas para el bien común.

Lo que llamamos conversión, se nota como un alto en el camino y un trazo de horizonte para la vida de la mujer. Es un alto que permite descubrir los beneficios del encuentro con Dios. Aunque lucha contra las circunstancias que atacan la nueva forma de ser, de su existencia. Lo que parece de suma importancia ponerle atención, es la lucha por su autonomía, por ser ella misma, pero articulado para el beneficio de los demás, bajo la luz y fuerza del Espíritu.

El paso trascendental que da la mujer es su relación personal con Dios. Es una experiencia que afecta su cotidianidad, porque esa cercanía con Dios se vuelve cada vez más de confianza de amistad y de dependencia divina y sagrada. El resultado es una riqueza en el desarrollo de su vivir, va en ascenso el conocimiento de la Palabra y de Dios. A mi parecer es semejante al “primer amor.” Este es un proceso que paulatinamente va en aumento hasta abarcar todas las áreas de la vida humana.

La conversión es el paso previo para su nuevo círculo de amistades y su pertenencia echa raíces muy rápidamente. El tiempo y el ejercicio continuo del desarrollo de sus dones, le hace experimentar seguridad que la conduce a actuar con libertad. Esa seguridad y libertad imprime un sello femenino a sus acciones porque contribuyen a la vida, para ellas mismas y muestran siempre un profundo interés por las demás personas.

Es importante este proceso en la vida de las mujeres, porque se inician hacia un camino desconocido. El horizonte eclesial se abre ante sus ojos, porque se ha apropiado del lugar al cual ha sido llamada. La mujer se deja impactar y conoce los misterios de la fe y experimenta una nueva manera de ver y estar en el mundo.

Se observa que las mujeres no esperan ser tomadas en cuenta, tener un espacio específico para desarrollar su liderazgo. Se sobre ponen en todo, siempre consideran que hay espacio para desarrollar sus dones. Si la institución eclesial o el liderazgo le otorga algún privilegio, no se conforma con realizar lo que se le pide. Siempre está dispuesta a hacer esfuerzos para realizar más hechos. Por esa razón es que no se conforma con realizar las obras benéficas a las personas de la misma iglesia. Las mujeres con mucha fuerza en su interior, orientan sus energías a ayudar también a las personas fuera de la iglesia.

La mujer toma decisiones con responsabilidad, hace los cambios necesarios e importantes en su vida. Decide bautizarse, para testimonio de su fe, pero al interior de ella es una batalla que libra contra los esquemas de sumisión. Es un paso de fe para construir vida de manera diferente, a lo aprendido. La mujer decide aceptar el reto, sin temor asume el riesgo y recorre el camino nuevo con lo que aprende en su discipulado.

Es fácil ver que las mujeres tienen carisma, por esa razón son elegidas para algún privilegio. Veo que en todo espacio la mujer pone en práctica el carisma y dones que traen consigo. Están atentas a descubrir otras habilidades, ven potencialidades en cada una e invitan a otras mujeres a tomar en serio su compromiso con Dios, con la comunidad y provoca que la iglesia asuma con seriedad la parte que le corresponde en este mundo.

El desafío está latente, bregar con las leyes y acciones patriarcales que han cortado históricamente el desarrollo de esa libertad en el perfeccionamiento de sus dones y talentos. Pero la iglesia Pentecostal desde sus inicios se caracteriza por abrir esos espacios donde Dios en su soberanía se mueve y decide que camino llevar. Cuando la iglesia crece, crece bajo la perspectiva de libertad, oración, palabra y acción. Las mujeres comprometidas hacen que la iglesia se avive más, crezca robusta, para bien de la misma iglesia y de la sociedad.

La mujer Pentecostal y dones del Espíritu.

Es de reconocer que en los inicios de una obra Pentecostal, la mujer es la que se moviliza a lugares donde el varón pocas veces llega. Visita hogares, a sus vecinas, lleva víveres para cubrir las necesidades de una familia, ora por los miembros de esa familia. Bajo ese acto de solidaridad se unen las personas, las familias hasta constituirse en un campo blanco. De campo blanco pasa a constituirse en una nueva iglesia. Cuando ésta ha tomado forma y existe la necesidad de estructurarla o conformarla como iglesia, asumen el liderazgo y representación los varones. Aparece el supervisor, el presbítero o el responsable de instalar un pastor formal y convierten al pequeño grupo en iglesia formal con pastor asignado. La mujer que dió vida al campo blanco, al pasar a ser iglesia formal con un pastor asignado, queda relegada, pasa al anonimato, a un segundo plano o se dirige a buscar otros espacios donde haya necesidad de abrir otro campo blanco.

Me parece importante que apelar al rol masculino en la iglesia, es hacer alianzas que sean de beneficio a la obra y así poder desarrollar los dones que Dios le ha dado a la mujer. Es a través del trabajo en igualdad, mujeres y hombres, la iglesia logra hacer un trabajo pastoral, de manera activa en todas sus expresiones.

Las mujeres se desarrollan con responsabilidad, con alegría y dinamismo al ser pastoras, exhortadoras, licenciadas, evangelistas, educadoras cristianas, maestras en los seminarios, maestras de escuela dominical, diaconisas. Son espacios donde debe hacer alianzas con los varones y no correr el peligro de copiar modelos masculinos para encontrar la oportunidad de servir y estar en el camino “correcto” para la búsqueda del cumplimiento de la voluntad de Dios.

Cada una encuentra su camino, en la medida que se encuentra así misma en relación con su Creador, con la iglesia o comunidad donde asiste. Es de reconocer, que en las pequeñas iglesias se tiene mayor libertad para ejercer los dones. La libertad es porque la iglesia no se ha jerarquizado y tampoco se ha organizado de manera que deje a un lado la importancia del papel de la mujer.

He visto, que en las iglesias pequeñas las mujeres son privilegiadas, ellas toman decisiones, porque todavía no se manipula por el poder masculino, sino se rige y se guía por la fuerza del Espíritu Santo. Esa es la razón del crecimiento del liderazgo femenino, se da desde lo pequeño, desde las bases, pero viene desde lo alto, desde el mismo toque del poder del Espíritu Santo. Recupera en ella la imagen de ser hija de Dios, hecha a su imagen y semejanza, rescata y trae de nuevo a la memoria algo que se nos fue negado cultural y teológicamente.

Reconocernos a nosotras mismas como hijas de Dios en toda su dimensión, es de gran valor para la vida de cada una, es renacer bajo una nueva forma de “ser”. El acercamiento a Dios desde su esencia de ser mujer es fascinante. Es dar el salto de la mujer objeto a la mujer, como persona útil, importante para Dios. Ese cambio y crecimiento es a base de forjarse, de aprender en el camino, de lanzarse al agua confiando en que Dios irá delante de

cada una de ellas. Arriesgándose, creciendo, dominado sus miedos y dejándose guiar por esa Fuerza que la lleva hasta lugares, entonces desconocidos.

La mujer líder cuenta con la experiencia nata del medio en que se crió, se desarrolló con trabajo, relaciones y práctica de sus dones, no viene vacía a la presencia de Dios. Delante de Dios es donde se vacía de sus cargas para dejarse llenar de Dios y de su poder. Ese es el espacio sagrado donde no hay injerencia de ninguna autoridad humana que sea intermediario, en su relación entre ella y Dios. Esa llenura que la mujer experimenta, es esa fuerza en su interior, que la hace moverse libremente, sin miedo, solidaria entre ellas, se vuelven sensibles y son responsables de la expansión de la iglesia Pentecostal.

La iglesia, es pues, el espacio sagrado, donde acuden a su encuentro con Dios y después como los rayos de luz inundan con esa fuerza muchos otros espacios en la Fuerza del Espíritu.

La mujer en sí no necesita permiso de ningún ser humano para desarrollar sus dones. Ella es tomada por el Espíritu, le otorga el espacio de tal manera que la iglesia calla. En las reuniones de hombres ceden el espacio para escuchar que tiene que decir el Espíritu Santo a través de la voz de la mujer. Al usar la fórmula “Así dice el Señor” la mujer logra la atención de quienes están a su alrededor, toma el tiempo en que Dios le guíe y no importa detener cualquier punto importante que estén tratando.

Conclusión.

Al escuchar a las mujeres, veo que en sus experiencias, la Palabra es historia de vida y se encarna en la vida de cada mujer. Fluye de ella como ríos de agua viva, esta llena de ternura, de misericordia y estas la mueve a realizar una labor con compromiso y seriedad delante de la Iglesia, de Dios, en su entorno y en la sociedad.

Es evidente que la fe es compromiso con Dios y consigo misma. Es su punto de partida para una nueva razón de ser mujer y creyente. Dios toma a ese vaso frágil y la convierte en una persona valiente, decidida, que arriesga todo para cumplir su misión.

El Consolador, la Ruah, el Espíritu Santo está y ha estado presente en la creación, desde el caos, está en la vida humana. Esa presencia hace que la gracia sobreabunde en la vida de las mujeres pentecostales, es esa gracia que brilla, irradia a los que la rodean, es eterna, porque es la gracia de Dios. “En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios”

La mujer es un instrumento útil en los planes de Dios, es imagen de Dios la rescata para su servicio. Es el instrumento ideal para la construcción y expansión de la Palabra. La mujer rompe con las estructuras que oprimen, agobian y no dan libertad a la Verdad que hace libres a los seres humanos.

Las mujeres están en el espacio sagrado que es la iglesia, ahí han descubierto su nuevo caminar. Han llegado con todo un bagaje de riquezas y desaciertos recibidos en su formación, educación y crianza en sus hogares, familias y sociedad. Ellas tejen nuevas relaciones sociales que enriquece su experiencia de ser mujeres y a la humanidad. Superan esquemas, estructuras, de mujer objeto a mujer hija, imagen de Dios. No hay poder humano que pueda detener la fuerza del Espíritu que obra en la mujer, para el bien de la iglesia y de la sociedad.

Repensando lo sagrado, se da en el camino, se da en la vivencia, en el dinamismo de cada mujer Pentecostal que ha decidido vivir, relacionarse con libertad, bajo el fuego de la libertad que brinda el poder y fuerza del Espíritu Santo.

La mujer, su fe hecha raíces, se aferra al Jesús humano, Salvador y Sanador que conocemos dentro de la iglesia. Asume con convicción el espacio sagrado, la iglesia, es el espacio de la mujer Pentecostal, donde aprende a desarrollar sus dones y talentos. Es esa

relación y esos encuentros que marcan la vida de la mujer para hacerla útil y aportar lo que tiene a la construcción de la obra de Dios.

Pienso como mujer, por supuesto, hay muchos desafíos que plantear, investigar y asumir, no todo está dicho, ni todo está hecho, pero vamos tras la utopía que nos hace avanzar, construir, caminar, comprometernos a seguir siendo la Iglesia que Jesús quiere que sea, una iglesia inclusiva donde quepamos todos y todas.

Bibliografía

Freitas, María Carmelitas. 2000. “De, la mujer latinoamericana en la sociedad y en la iglesia”. En [http://www.sedos.org/spanish/freitas_1.htm/](http://www.sedos.org/spanish/freitas_1.htm) visitado febrero, 2009.

Aleixandre, Dolores y Fontanals, Magdalena, “Cuando las mujeres se sienten creyentes y feministas”. Grupo de reflexión de las mujeres de la HOAC de Barcelona. [http://www.fespinal.com/espinal/lilib/es43.rtf/](http://www.fespinal.com/espinal/lilib/es43.rtf) visitado febrero 2009

Gebara, Ivone. 2000. “Teología de la liberación en femenino y teología feminista de la liberación”. Revista Alternatives Sud. Vol. VII. Bélgica. (Traducción de José Luis Burguet).

Croatto, José Severino. 2002. *Experiencia de lo sagrado*. Editorial Verbo Divino. España, 2002.

¹ Nicaragüense/Guatemalteca. Licenciada en Teología, pastora Pentecostal, docente en el área de Biblia. Coordinadora Programa Formación Bíblica Teológica. Cedepca marimag13@yahoo.es <http://www.cedepca.org/>

² Este trabajo está centrado en testimonios que he escuchado en diversos pueblos (Nicaragua, Guatemala) sobre el nacimiento de los niños y niñas. Son diversos los comentarios de las personas a la mujer que da a luz una hija. Es costumbre decir que la madre se ganó la gallina, si ha dado a luz a un varón, y se organizan fiestas. Si nace una mujer no hay fiesta, se sentencia, que ha nacido “una cocinera”.